

Aproximación a Teilhard de Chardin

Escribe: ALBERTO LONDOÑO ALVAREZ

"...Dejadme sentir siempre la inmensa Música de las Cosas..."

Y que se me perdone la osadía al tratar de hacer apenas una aproximación, unas variaciones sobre este portentoso jesuíta que fue Pierre Teilhard de Chardin.

Por ningún motivo quiero estar "a la moda", "al día" sobre de Chardin, ya que es tema (afortunadamente), de actualísima controversia por parte de quienes no han podido ver en él sino la parte "oscura", negativa, "peligrosa", en fin, dizque condenable y estos otros que ya empiezan (o empezamos) a columbrar en su pensamiento y en su visión futuros, campos inimaginados que poco a poco se tornan claros, luminosos, místicos y profundamente científicos.

Yo suscribo con José María Souviron esta tesis que no es nueva pero que tiene que afirmarse algún día: ¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo vamos a flotar en este infantilismo científico que cree cosa del diablo no tomar al pie de la letra que los días de la creación fueron seis, de veinticuatro horas, y que el hombre fue creado directamente, sin el menor indicio de evolución anterior, y a Eva, exactamente de una costilla de Adán... y todo lo demás?

Esto es infantil voluntarioso y, viéndolo bien, verdaderamente materialista, mil veces más que la combatida y no estudiada con fundamento, evolución.

La vida, la existencia del hombre, se presenta poco a poco, en el padre Teilhard de Chardin con un nuevo aspecto, ahora científicamente. No hay que ser de los llamados "milenaristas" para soñar y para esperar y para comprobar día a día el Reino de Cristo en la tierra y no solo en el cielo. ¿Cómo decimos? "Venga a nosotros Tu Reino" y no "llévanos a Tu Reino".

El vértigo de nuestros días hace que el hombre espere los sucesos inverosímiles con cierta verosimilitud. Antes no era así. Pensemos en lo que significaba la luna para Keats y lo que significa para un hombre de hoy, por muy romántico que sea. En cuanto "al final de los tiempos", a lo que será el hombre al término de este mundo y la posibilidad de que suceda lo que dice Teilhard dentro de cuatro millones de años, se podría decir como don Juan: "Tan largo me lo fiais".

La vida tiene su concentración mayor en el hombre. Pero la historia de este acaba de comenzar. En este instante, las presiones que gravitan sobre la vida humana están tan cerca de alcanzar un punto explosivo, que el hombre pronto romperá las vallas que lo limitan para urgir en lo que será un nuevo orden para la humanidad.

Todo el universo progresa. El hombre es el único resultado importante de ese progreso, y tiene ahora el deber y el poder de conformar su propia evolución como ser hacia mayores alturas de categoría intelectual y espiritual.

Este panorama de "El Por venir del hombre", sitúa dramáticamente al autor en oposición contra todos los pesimismos, desesperaciones y nihilismos que saturan el escenario literario y académico de nuestro tiempo.

Una clave de la visión de la realidad, tal como la percibe de Chardin, es un concepto para expresar y para el cual tuvo que crear una palabra: *noosfera* (mente, pensamiento). Esta *noosfera* se extiende, incluso, más allá de la mente humana; también está en los utensilios, en las mismas máquinas hechas por el hombre. Todas las máquinas y artefactos del hombre constituyen, no solo un mecanismo para el uso y la acción, sino también una máquina pensante increíblemente vasta y complicada. Pero la *noosfera* no se halla compuesta solo de máquinas. Aún más importante es que la componen también todos los pensamientos concebidos por los hombres, toda la poesía y la música de sus almas.

Por ello el hombre debe ser visto ahora, no como un ser vivo y actuante solo en la biosfera, a la que contribuye con sus glorias y dolores, sino también, aun con mayor libertad y poder, en la *noosfera* que ha surgido por evolución de su cerebro.

Para comprender exactamente la significación del hombre en su totalidad, para penetrarnos de su verdadera esencia, tenemos hoy, gracias a la paleontología, unas nuevas perspectivas, un nuevo enfoque. La aventura humana es una historia; pero no solo una historia cultural, sino una historia biológica y esta provoca una serie de resonancias extraordinarias en nuestro actual concepto de la humanidad. Por otra parte, la historia evolutiva del hombre se nos presenta mucho más compleja de lo que se podía pensar hace aún unos pocos años. Ante los nuevos descubrimientos, uno vuelve, quizás sin darse cuenta, a pensar en el primitivo concepto de Anaxágoras: el asombro.

Porque, realmente, la ciencia no solo progresa de manera asombrosa, sino que nos descubre más y más lo que hay de extraordinariamente asombroso en la naturaleza, cuna de la creación.

Por el misterioso mensaje que hallamos inscrito en la misma naturaleza podemos proclamar muy alto que el alma no puede ni merece morir. Sería inconcebible que este fruto maravilloso de la evolución, este fruto que ha necesitado millones de años para su eclosión, tuviera que sucumbir sin más.

El ideal se encuentra ya inscrito en la misma naturaleza de la que lo hemos heredado. Este fruto maduro somos nosotros mismos y está en

nosotros mismos. El hombre encontró conciencia de sí mismo; por primera vez, en la prodigiosa historia de los siglos, se halló a sí mismo y a merced de sí mismo.

El misterio, la cualidad y la complejidad del misterio. ¡Lo insondable, la música, lo imprevisible! Cuánto margen tendrá siempre para la humanidad esta incomunicabilidad de las cosas, esta "música de las esferas". Cuan hermosamente canta el P. Dubarle... "¿Es que hay que hablar de nuevo de un divorcio irreductible entre la Iglesia y el mundo o de una desgarradura de la actividad apostólica desde que esta quiere introducir los valores humanos en el universo cristiano? No; el pesimismo no tiene aquí razón de ser. No tiene el derecho de extraer del misterio de dolor que acompaña a la redención la justificación de su maldición a la vista de las realidades terrestres. Más aún (y por paradójico que nos parezca) queremos afirmar que la cruz se mantiene del lado de la armonía, de la síntesis entre lo humano y lo divino. Ella realza, en un mundo sobrehumano, es cierto, la unidad temporal, no el divorcio entre el universo pecador y la gracia..."

En el padre Teilhard de Chardin el científico y el pensador, el investigador y el creyente, el místico y el poeta se dan la mano en él, se apoyan mutuamente, no puede existir el uno sin el otro.

La concepción teilhardiana del universo no es solo física sino metafísica. La idea que tenemos de la naturaleza no es ciega, ni sórdida, ni criminal. Si su flor ha sido nuestra espiritualidad y con ella, como corolario probable, la caridad y la bondad universales, es que no era ciega sino en sus mecanismos, que no en sus designios.

Con cuánta amargura escribía... "He trabajado por el reino de Dios mucho más de lo que cree la gente..." Los profesores de teología harían bien en tener una noción de lo que estoy haciendo ahora. Estoy empezando a creer que hay un cierto aspecto del mundo tan cerrado para algunos creyentes, como el mundo de la fe lo está para los incrédulos... El viaje había terminado y sentí muy claramente cuan poco significa, en sí mismo, el desplazamiento en el espacio para un hombre. Al volver al punto de partida, "si no ha desarrollado su vida interior", cosa que no demuestra exteriormente, es exactamente lo mismo que cualquier otro".

En Teilhard, la temática es abundante, coordinada, lógica, cósmica: herencia y progreso evolutivo; perspectivas de la paz mundial. A este respecto dice: "Tarde o temprano la unificación de la raza humana es algo que tendrá que suceder, y si el mundo quiere sobrevivir, deberá terminar todo conflicto racial. Para su madurez, la tierra necesita hasta la última gota de su sangre..."

Esencia de la idea democrática; repercusiones espirituales de la bomba atómica. Con la misma luminosa conjunción de método científico y misticismo filosófico, se repite el tema: una evolución mundial, por la educación y el amor cristiano, hacia la "maduración y éxtasis final de la humanidad". La metamorfosis hacia una síntesis suprema, escape espiritual e interior de las ligaduras del planeta.

Pero lo que el padre Teilhard de Chardin intenta principalmente comunicarnos, puede ser resumido en una palabra que todavía no sabemos pronunciar: *¡alegría!*